

Cuando las cosas no pueden ser peores

Emanuel Ruffa



Image not found.

Capítulo 1

Llaman a la puerta. Es tarde, deben ser pasadas las dos. Estoy solo. No tengo ni la ganas ni el humor para levantarme a abrir la puerta. Insisten. Ahora los golpes que dan sobre la puerta son firmes, resuenan parejos, constantes, distantes. Dos y media, son las dos y media de la mañana del lunes. Afuera hace un frío descomunal. La estufa que compré la semana pasada se me cagó. Me retuerzo, me escabullo un poco más adentro y regreso a mis orígenes en posición fetal. Me siento mucho más a gusto ahora, puedo sentir cómo la frazada me calienta desde los pies hasta la punta de los hombros. La ventana empieza a golpear. El vidrio tiembla de forma brutal, se escucha cómo silba el viento y se filtra, de paso, por entre las hendidias. Afuera hace un frío de muerte. Tengo ganas de mear, pero no me quiero levantar. No hay nada más inoportuno y desagradable que tener ganas de ir al baño en invierno, de madrugada, y un lunes. Cierro los ojos con fuerza intentando dominar el dolor, pero es inútil. Siento una punzada en el medio de la vejiga. Creo que no doy más, estoy por desmayarme del dolor. Intento dormirme, quizás si lo logro me olvido y puedo seguir en la cama.

Hace quince minutos que he logrado conciliar el sueño. Ya se me pasaron las ganas de orinar y me siento realmente a gusto. Llaman a la puerta. Lo escucho, pero no puedo abrir porque estoy durmiendo. Todo se vuelve muy confuso de repente, porque no sé si estoy soñando que estoy durmiendo o realmente estoy dormido. Si estuviera dormido, no podría pensar que estoy durmiendo, por lo que me da como resultado que solo es pura ilusión mía, que no estoy durmiendo realmente, que pienso que estoy durmiendo pero no lo estoy. Me despierto. Estaba dormido entonces, no cabe duda. De nuevo siento ganas de ir al baño. La situación realmente se me escapa de las manos. No pienso moverme un solo centímetro, pero fisiológicamente estoy acorralado por unas ganas incontenibles de mear. Intento dormirme de nuevo. Lo logro. Esta vez sé que estoy dormido porque estoy soñando. Generalmente tengo sueño muy extraños, pero me llama la atención que, al parecer, este es uno de los más organizados y cuerdos que tuve. Estoy sentado en el comedor, mirando la tele, cuando de repente comienza a derretirse todo. Se derrite la tele, la imagen de la tele, las paredes empiezan a chorrear algo así como una especie de brea, el sillón empieza a derretirse también. Creo no entender nada, la situación me supera. Cuando intento pararme, me voy de boca al suelo y me rompo dos dientes. No entiendo qué está pasando, realmente no entiendo nada. Intento pararme pero es imposible, mis pies y mis manos están pegados al suelo. Empiezo a gritar pero, como era de esperar, no tengo voz. Mientras tanto, todo alrededor sigue derritiéndose. Una llama se desprende de una esquina y comienza a devorar todo a su paso. Las cosas empiezan a desaparecer detrás de la llama que, por cierto, cada vez se hace más y más grande. Desaparecen los muebles, el sillón, la tele, la imagen de la tele, la ventana, todo. Justo cuando creo

que puedo pararme, que logro recuperar un poco de fuerzas para salir corriendo, siento que comienzo a incendiarme. Las llamas me alcanzan, me abrazan y empiezo a incendiarme. Grito, grito fuerte, grito con todas mis fuerzas, pero nadie me escucha.

Llaman a la puerta. Es tarde, deben ser pasadas las dos. Estoy solo. Del otro lado alguien grita mi nombre. La puerta se parte al medio con el primer hachazo y dos hombres vestidos de negro con máscaras me untan con una sustancia blanca, me cubren con una colcha y me arrastran hasta el hall de salida. Estamos todos. Algunos más asustados que otros pero, al fin y al cabo, estamos todos. Miro hacia atrás y el edificio arde en llamas. El humo nos nubla la visión por unos segundos, se confunde con la noche misma, se camufla en lo alto del cielo y desaparece. Como puedo, me recupero, tomo aliento e intento agradecerles a los valientes hombres que han salvado mi vida. Un apretón de manos fue suficiente para darme cuenta de que es tarde, deben ser pasadas las dos y nuevamente llaman a la puerta. Del otro lado alguien grita mi nombre.